X.

En donde se habla por primera vez de maese Loys.

El sitio del Monte en que á la sazon se hallaba Reina de Maurever, apenas era bastante espacioso para que pudiese sentarse mas de una persona. Precisamente encima de ella se alzaba la gran plataforma del castillo, sobre la cual se halla la basílica. Reina tenia á su izquierda los muros inclinados de la Montgomerie, por donde se subia al claustro y á toda aquella parte de los edificios denominada la *maravilla*. Habia un arquero en la garita de piedra tallada en el flanco de la plataforma.

Reina lo sabia, pues no era la vez primera que iba allí. Sabia tambien que la consigna de los arqueros era tirar, sin avisar, á donde quiera que viesen un movimiento en las rocas.

Y esta consigna, sea dicho de paso, no era supérflua, pues mas de una vez intentaron los ingleses introducirse por aquel sitio, nocturnamente y á traicion, en el recinto del convento-fortaleza.

Reina de Maurever, en su vida habitual, era una niña tímida y buena. Al ver sus grandes ojos azules que á cada momento

buscaban el abrigo de sus largas pestañas, nadie la hubiera tomado por una heroina.

Pero Reina tenia el corazon de un caballero cuando se trataba de hacer bien

Ni siquiera pensaba en la muerte. Era cosa convenida consigo misma, que en sus excursiones aventureras la muerte estaba en todas partes, lo mismo en las playas que en torno del Monte. Las arenas movedizas, el mar, las balas ó los dardos de los ballesteros, todo esto da la muerte, y todo esto lo arrostraba.

Pero Reina de Maurever despreciaba la muerte porque era cristiana, porque era jóven, porque amaba.

Juana de Arc, otra muchacha inspirada de Dios, acababa de verificar el milagro que permanece, cual un diamante deslumbrador, entre las joyas de nuestros anales. Juana de Arc, á quien el siglo XVIII ha insultado, á fin de que ninguna honra faltase á su memoria.

La pobre Reina no era Juana de Arc. Quizás su hermoso brazo hubiera flaqueado bajo el peso de la armadura; pero ella no tenia que salvar un trono. Su fuerza estaba á la altura de su modesta abnegacion.

La venganza del duque Francisco la hacia mas pobre y desvalida que el mas indigente de los vasallos de su padre.

Ya no podia dar mas que su vida, y la daba sencillamente, y aun íbamos á decir que con alegría.

No era una de esas criaturas *interesantes* que se hacen pagar demasiado caro su martirio con la tristeza y el fastidio que siembran en torno suyo. Era una jóven, nada mas que una jóven, que soportaba sus penas con valor, pero que aspiraba ardientemente á la felicidad.

Era hermosa, era amada, se esforzaba, rogaba y tenia esperanza.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

¿No vale esto mas que ponerse pálida en ocasiones dadas y acusar al destino?

Aubry era en verdad el amante que necesitaba la rubia hija de las playas. Valiente como un leon, vivo, impetuoso, sensible, jóven de corazon y de cuerpo, tan hermoso como ella, un verdadero caballero en embrion. Se amaban con toda la vehemente candidez de sus almas.

Acaso habrian tardado mucho en decírselo, porque entonces habia un código de amor mucho mas voluminoso que nuestro código civil, y del cual para obrar bien, habia que observar todas las prescripciones galantes; pero entre ellos, la desgracia habia suprimido los preliminares. Aubry, al arrojar la espada hecha pedazos á los piés del duque en la basílica del Monte San Miguel, habia ganado la batalla de un solo golpe.

Desde entonces le consideraba Reina como á su prometido.

Hacia quince dias que Aubry estaba cautivo.

Francisco de Bretaña le mandó prender en la misma tarde del acontecimiento referido en las primeras páginas de este libro.

Desde entonces no habia visto mas que al hermano lego encargado de llevarle su racion, y á Reina que habia ido algunas veces á visitarle.

La ventana de su calabozo estaba hecha de modo que no pudiese ver mas que el cielo.

El suelo que pisaba estaba seis piés mas bajo que la ventana de la tronera. El calabozo habia sido abierto, con otros tres iguales, bajo la plataforma, por Nicolás Famigot, antiguo prior claustral y vigésimo cuarto abad de San Miguel.

El interior era todo roca. En la parte superior de la puerta habia un cuadrado hecho á cincel en la piedra, con esta fecha: A. D. 1276.

Los obreros, al abrir aquella celda cuadrada en la roca viva

habian formado un cubo pequeño de granito destinado á sosteter la cabeza del prisionero.

Fuera de esta pequeña atencion, los cuatro calabozos estaban enteramente desnudos.

Solo algunos años mas tarde fué cuando Luis XI, el rey demócrata, se detuvo maravillado al ver aquellos calabozos modelos. Luis XI conocia los peligros de la guerra que habia declarado á sus grandes vasallos, y le gustaban los calabozos seguros. El Monte San Miguel le agradó sobre toda ponderacion.

Volvió otra vez allá y utilizó lo mejor que pudo calabozos tan recomendables.

En la época en que pasa nuestra historia, ningun cautivo político habia ilustrado todavía los subterráneos del Monte San Miguel.

Aquellos calabozos eran simplemente los penitenciarios del convento.

Por otra gracia especial, el hermano guardian habia sido autorizado para entregarle un haz de paja, de modo que Aubry estaba muy á gusto.

En el momento en que la voz de Reina resonó sobre el saliente que habia debajo de la ventana tronera, Aubry dormia tendido en la paja.

Pero el sueño de un cautivo es muy ligero.

Bastó con que llamase una vez á Aubry para que estuviese de pié.

De un salto llegó al poyo de la tronera y allí se mantuvo suspendido.

—Buenas noches, Reina. ¡Reina mia querida! dijo con alegría; estaba soñando en vos.

Reina tendió su hermosa mano hasta donde se lo permitió la longitud del brazo.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

El esfuerzo del jóven militar solo sirvió para tocar aquella linda mano con el extremo de los dedos.

Reina no pudo menos de decir, sonriendo con tristeza:

—¡Pobre Aubry!

Aubry se echó á reir.

—¿Me compadeceis?..... exclamó. Pues bien, yo pensaba ayer que si me hallase en libertad no vendriais desde tan léjos á verme, Reina mia adorada, y cuando pienso así, me encuentro feliz con estar prisionero.

—¡Loco! murmuró Reina ruborizándose.

—¡Os amo tanto, niña mia!... No me culpeis por la felicidad que encuentro en este sepulcro de piedra, pues estoy en él con vos, Reina. Si estoy despierto, sueño en vos; si estoy dormido os veo en sueños. ¡Disculpad que no me fastidie tanto como se figuran!

Su mano derecha, que estaba agarrada al poyo de la tronera, se soltó, porque comenzaba á entumecerse; sus piés llegaron al suelo y saltaron. Su mano izquierda se agarró á la arista y soportó á su vez todo el peso del cuerpo. Era preciso ser un enamorado, y un enamorado de veinte años, para estar en aquella posicion intolerable.

—Hace un momento, repuso, os veia en el angosto y verde sendero que hay al pié del castillo de mi padre, en la comarca de Saint Brieuz. Vuestros piés se hundian en el mullido césped, Reina, y maese Loys saltaba delante de vos. ¿Os acordais de maese Loys?

—¿Vuestro hermoso galgo negro?

—Mi hermoso lebrel, mi pobre amigo tan querido, el único ser que me amaba en este mundo antes de que Dios me concediera vuestro amor, Reina mia, y desde que mi padre habia muerto. ¿Qué habrá sido de mi valiente Loys?

La voz de Aubry era triste.

—Es verdad, dijo Reina, ¿qué habrá sido de él?

—Al marchar á la ciudad de Avranches, contestó Aubry, le habia dejado en Dinan, en la posada del Gran San Medardo. Yo debia un escudo al posadero, y regularmente habrá vendido á maese Loys para cobrar con creces el importe de su crédito.

—Se puede preguntar.....

—¿Hareis eso, Reina? exclamó el jóven con extraordinaria viveza. Escuchad, sois mi ángel salvador, nunca os amaré lo suficiente!

Volvió á desaparecer Aubry para aparecer en seguida otra vez, y entonces fué su mano derecha la que se agarró á la base de la tronera.

—Muy feliz era ese maese Loys, dijo Reina riendo.

—¿Os sorprende que piense en él? preguntó Aubry. Cuando seais mi mujer, Reina, ya vereis como os quiere. Pero no podeis ir á Dinan.....

—Tengo un mensajero dispuesto, dijo Reina interrumpiéndole.

Y pensaba en el pescador de mariscos, Juanillo, que tenia tan buenas piernas.

—¡Gracias, Reina mia, gracias! exclamó Aubry con vehemencia. Me parece que nada me faltaria aquí si supiese que mi hermoso Loys estaba en buenas manos, tratado como merece. Pero hablemos de vos. ¿Hay algo nuevo?

Reina movió la cabeza á uno y otro lado.

—¡Ay! que el país está lleno de soldados, contestó, y nos costará mucho trabajo defendernos y escondernos en lo sucesivo. Ayer han pregonado y prometido una cantidad crecida á quien entregue la cabeza de mi padre.

—A Dios gracias aun no está ganada esa recompensa.

—Eran muy numerosos..... Media docena de hombres de ar-

mas, sin contar el jefe que es un caballero, y muchos soldados.....

—¡Ah! dijo Aubry, ¿nuestro señor Francisco ha encontrado un caballero para envilecerse en ese oficio?

—No le ha encontrado, repuso Reina, ha hecho uno.

—¡Enhorabuena!... ¿y quién es el villano?.....

—Uno de vuestros parientes, Aubry.

—¡Meloir! exclamó el jóven con esa indignacion mezclada de desprecio que no puede borrar por completo la sonrisa. ¡Meloir! mi rival..... ya sabeis, Reina.....

Reina se enderezó.

—¡Oh! ¡no os ofendais! en otro tiempo era bueno..... pero ya vereis que será ahorcado algun dia como un villano, si no le clavo antes mi daga en el pecho.

—¡Pobre Aubry! dijo Reina, entre su pecho y vuestra daga hay gran distancia.

Aubry desapareció, como si aquella observacion le hubiera anonadado; pero solo era su mano derecha que se cansaba.

Aquellas caidas repentinas del pobre prisionero aumentaban la singularidad de una escena en la que la alegría de dos corazones valientes y jóvenes luchaba quizás victoriosamente contra un dolor profundo y abrumador.

Cuando la cabeza de Aubry volvió á aparecer, Reina vió que sacudia con cólera sus rizados cabellos.

—¡Paciencia! dijo. Ya sé que no sirvo para nada. Pero, si Dios quiere, pagaré todas mis deudas de un solo golpe. Volvamos á vos, Reina; hablábamos de la comitiva de ese bribon de Meloir.

—Decia que su número me aterra, Aubry, é iba á añadir que el secreto del paradero de mi padre ya no es solo mio.

—¡Cómo! ¿habeis confiado?.....

—Solo á vos, Aubry, exclamó la jóven enderezándose, y si

he obrado mal, no sois vos quien debe culparme. Pero hace dos noches que al atravesar la playa ví que me seguian. Retrocedí; hice cuanto pude para burlar aquella vigilancia..... creí haberlo conseguido, y me engañaba. Al poner los piés en la roca de Tombelene, volví á ver á aquella sombra, alta, delgada y deforme, que salia de la niebla al mismo tiempo que yo.

—¿Y conocisteis al espía?

—Conocí al normando Vicente Gueffes, que habita hace algunos años en la posesion de San Juan de las Playas.

—¿Es hombre de bien?

—Dicen en la aldea que por un escudo venderia su alma.

Aubry guardó silencio.

—Hay otro además, prosiguió Reina, pero este es un niño leal y candoroso..... Solo temo á Gueffes.

—¿Os acordais, Aubry, repuso Reina despues de una pausa, de que la semana pasada estábamos todavía llenos de esperanzas y nos decíamos: «Nuestra pena durará, cuando mas, cuarenta dias, puesto que Francisco de Bretaña solo tiene cuarenta dias de vida?» Dios me es testigo de que todas las noches ruego para que el señor duque se arrepienta y no muera. Pero en fin, esas son cosas que mis oraciones no cambiarán. Mr. Gilles dijo: «¡Dentro de cuarenta dias!» Su voz moribunda resuena todavía en mi oido. Hoy han trascurrido dos semanas; solo quedan veinte y cinco dias de afliccion. Pues bien, Aubry, mi esperanza va desapareciendo.

—No digais eso, Reina, ó hareis que me vuelva loco en esta jaula maldita.

—¡Ay Dios! continuó diciendo la señorita de Maurever, ¡un anciano y una jóven para pelear contra tantos soldados! Aun no os lo he dicho todo. Si Vicente Gueffes no nos vende, sabrán pasarse sin él. ¿Habeis oido hablar, Aubry, de esos lebreles que cazan á los náufragos en las playas de Audierna y de

Douarnenez en torno de las rocas de Pennemarch?..... Pues Meloir aguarda doce de esos lebreles.....

—¡ Miserable ! exclamó Aubry.

—Mañana, al atravesar la playa para llevar comida á mi padre, prosiguió Reina, seré cazada por la jauría de Rieux lo mismo que una fiera.

La mano de Aubry se adelantó hasta la barra de hierro que sacudió con furia. La barra de hierro, soldada en la roca, no se movió siquiera.

—¡ Preciso será que ceda ! murmuró el pobre porta-estandarte arrastrado por un verdadero acceso de delirio. ¡ La arrancaré, la arrancaré ! ¡ Y si no puedo, desgarraré la roca con mis uñas ! Ahora moriré rabiando en este agujero, y si el viento me trae esta noche los ladridos de esa jauría infernal.....

No acabó la frase. De su pecho salió un gemido. Su mano ensangrentada soltó al mismo tiempo la barra de hierro y la punta saliente de la roca.

Reina le oyó caer como una masa inerte en el fondo del calabozo.

—¡ Aubry ! dijo la jóven asustada.

Nadie contestó.

—¡ Aubry !..... volvió á murmurar.

No se atrevia á levantar la voz por razon del arquero que estaba de centinela en la plataforma.

Aubry guardó silencio.

Reina juntó las manos y su oracion desesperada se elevó hácia el cielo.

—¡ Dios mio ! ¡ y vos, Vírgen Santa ! ¡ apiadaos de nosotros ! ¡ Aubry ! murmuro por tercera vez. Venid aquí, venid, que he estado en Dol y traigo una lima de acero.

Aun no habia concluido estas palabras, cuando la cabeza de Aubry se mostraba de nuevo en la tronera.

—¡ Una lima ! exclamó delirando de júbilo, como poco antes deliraba de dolor. ¡ Una lima de acero ! ¡estamos salvados, Reina..... salvados !

En el interior del calabozo sonó un ruido ronco, iluminándose de improviso.

— ! Bajaos ! murmuró Aubry.

Reina obedeció.

Habia tenido tiempo para ver en el interior del calabozo una cabeza calva, cuya convexa frente recibia de lleno la luz de una lámpara.

XI.

Proezas de maese Loys.

Reina solo tuvo el tiempo necesario para echarse hácia atrás con viveza y pegarse á la pared exterior del calabozo.

En el interior oyó una voz ruidosa, alegre, que decia :

—¡Estais cogido, maese Aubry ! ¡ Siempre bostezando á la luna ! Por san Bruno, mi patron, ¿no teneis bastante con todo el dia para pensar en las musarañas ? Andad, que si mi deber no me llamase aquí esta noche, estaria roncando como el piporro del coro.

—Yo no tengo sueño, mi buen hermano Bruno, contestó Aubry, que hubiera querido verle á cien piés debajo de tierra.

—Pues bien, ¡ maldito si lo entiendo ! exclamó el lego ; en mi tiempo, los jóvenes dormian mejor que los ancianos..... Pero al cabo la tristeza es la que os aguijonea, mi buen hidal-

CAPILLA ALFONSINA